



Reg. SupGen.: 07/2018/03

Madrid, 13 de julio de 2018.



Queridos hermanos y hermanas Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquim Rosselló, de la Fundación Concordia Solidaria, de Misiones SS.CC. - Procura y todos aquellos y aquellas que, de un modo u otro, os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacrícordiana:

Poco podían imaginar los vecinos y vecinas de aquel suburbio barcelonés que aquellos religiosos mallorquines que vivían tan cerquita de ellos, cuidando de la capilla de la Virgen del Coll y de la escuelita adjunta, iban a entregar su vida como mártires de Cristo. Tampoco lo hubieran dicho seguramente de aquellas religiosas franciscanas que enseñaban las primeras letras a los pequeños del lugar y visitaban a sus enfermos... Y mucho menos de Doña Prudència, con la que vivían pared con pared, una más entre los habitantes de aquella barriada, a la que pudieron saludar muchas veces en la cola del pan o mientras barría la entrada de su casa.

No eran personas que destacaran por sus cualidades llamativas, ni por estar dotados de brillante inteligencia, abundantes conocimientos o notoria erudición. Eran 'normales y corrientes'... Nada sobresalía en ellos de modo espectacular. Su presencia en el barrio era más bien discreta y por supuesto desconocida para quienes no formaban parte del vecindario. Eran gente simple y sin pretensiones, enfaenada en sus ocupaciones cotidianas, que podría haber pasado desapercibida para la mayoría. Nada reseñable a primera vista. Ninguno de ellos era 'perfecto', nadie los veía como héroes, pero allí estaban insertos en la realidad, como la levadura oculta en medio de la masa, entregándose momento a momento antes de hacerlo de una vez por todas en la Torre Alzina o en la carretera de La Rebassada.

Así eran nuestros hermanos Simó Reynés, Miquel Pons, Francesc Mayol, Pau Noguera, Catalina Caldés, Miquela Rullan y Prudència Cañellas. Antes de encaminarse hacia el martirio vivieron una santidad de andar por casa. Fueron misioneros y constructores del Reino en lo sencillo, testigos de la Misericordia en el día a día. No daban la talla como santos de altar ni de hagiografía. En sus biografías no había grandes logros ni hazañas que destacar. Nada brillaba en ellos con luz deslumbrante. Simplemente vivieron la propia entrega cotidiana con verdadero sentido evangélico de modo que se fueron identificando más y más con Jesucristo hasta el punto de dar como Él la vida como signo del amor más grande.

Por eso, tomando pie de la Exhortación Apostólica *'Gaudete et exsultate'* que nos ha regalado el Papa Francisco sobre la santidad, me he atrevido a referirme a ellos y a ellas con la expresión que encabeza esta carta que os dirijo cuando, un año más, nos disponemos a celebrar su fiesta litúrgica y el aniversario de su martirio<sup>1</sup>.

En ellos y ellas se encarnó eso que el Papa Francisco llama *'la santidad en el Pueblo de Dios paciente'*, es decir, la santidad vivida en lo ordinario cuando se persevera con constancia y fidelidad en el seguimiento de Jesús, asumiendo las tareas y obligaciones cotidianas a pesar de las dificultades y contratiempos que puedan sobrevenir. Es la *'santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo'* a través de los cuales Dios, misteriosamente, *'construye la verdadera historia'*.

Es la santidad que va creciendo ocultamente a base de *'pequeños gestos'* antes de cuajar en el gran gesto de la donación total de la vida por amor a Jesús y a los hermanos. Con su entrega sin reservas y a pesar de su aparente fragilidad, los Mártires del Coll dieron testimonio de esa fuerza que sólo puede venir de Dios y que nos sostiene en nuestra debilidad y en nuestra flaqueza. Gracias a ella vivieron con amor las cosas sencillas de cada día hasta ser capaces de dar la vida con *'el amor incondicional del Señor'*.

## FELICES AL ESTILO DE JESÚS

El Papa Francisco nos recuerda que la mejor fotografía de la santidad nos la presenta Jesús en las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12). En ellas el Maestro dibuja además su propio rostro de modo que ese *'autorretrato'* viene a ser como el *'carnet de identidad del cristiano'* que no desea otra cosa sino asemejarse a Él.

Las Bienaventuranzas señalan un camino de felicidad alternativo donde *'cada uno a su modo'* puede descubrir esa alegría del Reino que nada ni nadie nos puede quitar. Un camino que sin duda recorrieron nuestros hermanos y hermanas, los Mártires del Coll<sup>2</sup>.

Ellos fueron felices porque *'fueron pobres en el corazón'*. Porque se vaciaron de toda ambición y no dejaron que las riquezas, honores y vanaglorias de este mundo ocupasen el lugar de Dios. Porque pusieron en él su seguridad y su confianza aun en las horas más difíciles. Porque no codiciaron el dinero sino que se dedicaron al servicio de los sencillos. Porque tuvieron la libertad interior de elegir una existencia austera y despojada de pretensiones desmedidas, sin ni siquiera aferrarse al tesoro de la propia vida que entregaron generosamente sin reservarse nada.

---

<sup>1</sup> Para redactar esta carta me he inspirado de cerca en dicha *Exhortación Apostólica*, pero me ahorraré multiplicar las citas para no hacer pesada la lectura de estas líneas.

<sup>2</sup> Sobre el modo en que nuestros Mártires del Coll vivieron las Bienaventuranzas ya me expresé en la carta que os dirigi por su fiesta en el año 2014. Voy a hacerlo ahora de nuevo, pero a la luz de la *'Gaudete et exsultate'*. Consideraré a todo el grupo martirial como una unidad, si bien cada una de las bienaventuranzas pudo encarnarse con particular intensidad en uno u otro de ellos.

Ellos fueron felices porque *se mostraron mansos* a ejemplo de Jesús, el Maestro '*manso y humilde de corazón*'. Porque en una situación marcada por la enemistad y el odio, donde las ideologías habían hecho imposible el diálogo y el encuentro, no respondieron con la misma moneda. Porque frente a las fuertes tensiones provocadas por la situación social y política que les tocó vivir renunciaron a la violencia y a la venganza, pero no a la ternura. Porque supieron soportar con paciencia y serenidad el acoso del que fueron víctimas aun a costa de pasar por débiles o cobardes.

Ellos fueron felices porque *supieron llorar con los que lloran*. Porque no miraron hacia otra parte ante el sufrimiento de sus vecinos y se mostraron sensibles a sus necesidades, socorriéndolos a pesar de sus limitadas posibilidades. Porque no temieron acercarse a tocar las heridas de los pobres y los enfermos para aliviarlas con el aceite del consuelo. Porque se dejaron traspasar por el dolor del necesitado y se compadecieron -como Doña Prudencia- ante el grito silencioso de un grupo de religiosos perseguidos y en busca de cobijo.

Ellos fueron felices porque *tuvieron hambre y sed de justicia*. Porque en su martirio denunciaron sin palabras el abuso de quienes aplastan al indefenso. Porque ellos mismos fueron víctimas de la injusticia y la arbitrariedad, haciéndose así solidarios con tantos que son atropellados en sus derechos más elementales. Porque con la entrega total de su vida, pusieron su granito de arena para la construcción de un mundo más humano y lleno de amor donde nadie sea descartado por sus ideas, su religión, su condición social o su nivel cultural o económico.

Ellos fueron felices porque *practicaron la misericordia*. Porque con su disponibilidad al servicio supieron hacer palpar el corazón del Evangelio en todo lo que hacían<sup>3</sup>. Porque pusieron por obra el amor que profesaron. Porque enseñaron al que no sabe, dieron de comer al que tiene hambre, visitaron a los enfermos, practicaron la hospitalidad con el refugiado, compartieron la fe con los sencillos (Cfr. Mt 25, 35-36). Porque configurados con los sentimientos y opciones más profundas del Corazón de Cristo, supieron descubrirle en los pobres y sufrientes de aquella barriada barcelonesa. Porque fueron capaces de perdonar incluso a quienes les quitaron la vida, y se revelaron así misericordiosos como lo es el Padre del cielo (Cfr. Lc 6, 36-38).

Ellos fueron felices porque *tuvieron un corazón limpio*. Porque su mirada se conservó inocente y no se manchó con nada que enturbiase el amor a Dios y al prójimo. Porque fueron sinceros y transparentes en sus intenciones y, como el Hno. Pau Noguera, conservaron la sencillez y el candor propios de los niños. Porque no se dejaron contaminar por el veneno de las rivalidades y luchas partidistas que emponzoñaban las relaciones. Porque su vida y su martirio demuestran que en su corazón no anidaba el orgullo, el afán de prestigio, la necesidad de figurar o de dominar. Porque su apariencia sencilla y carente de complicaciones respondía a la simplicidad evangélica que anidaba en lo más profundo de sus corazones.

Ellos fueron felices porque *trabajaron por la paz*. Porque sin siquiera pretenderlo se mostraron como artesanos de paz en medio de aquella guerra fratricida cuyo estallido les arrastró tan violentamente. Porque, atrapados en aquella locura colectiva, no fueron agentes de enfrentamiento ni alimentaron crispación ni revanchismo. Porque se mantuvieron pacíficos en las palabras y en los gestos, capaces incluso de perdonar a sus verdugos. Porque con su sangre derramada blanquearon la bandera de la reconciliación.

---

<sup>3</sup> Según expresión del mismo Papa Francisco en la Bula '*Misericordiae Vultus*', la misericordia es '*el corazón palpitante del Evangelio*' (Cfr. '*Gaudete et exsultate*' n° 97).

Ellos fueron felices por ser *perseguidos a causa de la justicia*<sup>4</sup>. Porque resultaron molestos e incómodos, mal vistos y ridiculizados sólo por ser cristianos y religiosos. Porque no tuvieron otra causa que la causa de Jesús y la hicieron suya asumiendo todas las consecuencias, sin echarse atrás. Porque se abrazaron a la cruz -la de cada día y la de la donación total-, aceptando soportar humillaciones e incluso la muerte hasta llevar a su plena madurez la práctica del mandamiento del amor.

## EL MARTIRIO DE CADA DÍA

Aquellos mártires *'de la puerta de al lado'* cuya fiesta vamos a celebrar nos demuestran que la santidad no es el privilegio de un élite espiritual, sino el derecho y el deber de todo cristiano, de toda cristiana, sea laico, religioso o sacerdote.

Aquellos mártires *'de la puerta de al lado'* nos demuestran que la santidad es para todos y que no hacen falta cualidades superlativas o *'extraordinarias'* para alcanzarla. Que el Padre tiene para cada uno -hoy, aquí y ahora- su propia propuesta asequible de ser santo.

Aquellos mártires *'de la puerta de al lado'* nos dejan claro que no se trata de copiar modelos inalcanzables de santidad, dignos de ser admirados, pero poco aptos para ser imitados, sino de descubrir el camino de Dios invita a recorrer a cada cual tras las huellas del Maestro.

Aquellos mártires *'de la puerta de al lado'* nos recuerdan que ser santos no consiste sino en vivir las Bienaventuranzas. Que cada cual está llamado a hacerlo *'a su modo'* aunque a todos se nos ofrece una misma meta de felicidad para que nuestra vida se goce y exulte en el Señor Jesús.

Aquellos mártires *'de la puerta de al lado'* nos invitan a dar testimonio cotidiano de nuestra fe sin abandonar el camino del amor. A no cansarnos ni desanimarnos por nuestras imperfecciones, incoherencias, infidelidades y pecados. A imitarles en el martirio de cada día, hecho de pequeños gestos de compasión, de ternura, de solidaridad...

Aquellos mártires *'de la puerta de al lado'* nos invitan, en fin, a la esperanza en medio de un mundo que la necesita como nunca aunque no sepa reconocerlo. Un mundo sediento de reconciliación y de paz donde su testimonio de perdón es *'una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división'*.

Que al celebrar un año más la memoria de nuestros Mártires, nos animemos a vivir como ellos y ellas, pronunciando con el Corazón de María el *'sí'* de cada día *'movidos por amor'*, de modo que un día puedan, los que vivieron junto a nosotros, reconocernos también como a esos *'santos de la puerta de al lado'*.

En los Sagrados Corazones:



P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.  
Visitador General.

<sup>4</sup> Las primeras palabras de la *'Gaudete et exultate'* suenan precisamente así: *'Alegraos y regocijaos', dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa'*.